

Más que una lista: el proceso de acercamiento al nuevo catálogo del patrimonio arquitectónico y urbano de Barcelona

More than a list: the process towards a new catalog of architectural and urban heritage for Barcelona

Alessandro Scarnato¹

¹Departament de Teoria i Història de l'Arquitectura i Tècniques de la Comunicació, ETSAB. Universitat Politècnica de Catalunya alessandro.scarnato@upc.edu

Palabras clave: patrimonio, rehabilitación urbana, sostenibilidad ambiental, participación, Barcelona.

Resumen:

El catálogo del patrimonio arquitectónico de Barcelona acaba de cumplir cuarenta años. Sus modificaciones, ampliaciones e integraciones le han permitido sobrevivir a las profundas transformaciones que la Ciudad Condal ha vivido desde 1979. Sin embargo, los nuevos escenarios globales de movimiento de personas y capitales, el repentino éxito turístico de la capital catalana y una renovada visión cultural acerca del significado de la dimensión patrimonial, imponen una revisión profunda del catálogo, recientemente emprendida por la municipalidad. La comunicación presenta dicho proceso de revisión, que involucra profesionales dentro y fuera de la administración. Participación, visión de barrio, sostenibilidad ambiental y, sobre todo, la intención de salir de la estéril confrontación entre conservacionismo a ultranza y pulsión destructora en nombre de la innovación, son los ejes vertebradores de la revisión. Dicha labor, quiere lograr ser una herramienta de protección y mejora ambiental de la forma urbana que vaya más allá de la habitual lista de piezas con mayor o menor posibilidad de ser objeto de manumisiones. En este proceso de aproximación al futuro nuevo catálogo barcelonés, se han constituido grupos de trabajo interdisciplinarios que se han dedicado tanto en entender el actual escenario internacional en la materia, como en detectar la situación corriente de la evolución técnica y cultural que ha vivido el territorio local respecto al patrimonio. La comunicación explica los criterios detrás de este proceso y ofrece un momento de discusión acerca de un tema estructural respecto a la conformación urbana de nuestras ciudades.

Keywords: heritage, urban renewal, environmental sustainability, participation, Barcelona.

Abstract: The catalog of Barcelona's architectural heritage has recently turned forty. Its modifications, extensions and integrations have allowed it to survive the profound transformations that Barcelona has undergone since 1979. However, the new global scenarios of movement of people and capitals, the quick tourist success of the Catalan capital and a renewed cultural vision regarding the meaning of the patrimonial dimension, impose an in-depth revision of the catalog, which has been recently undertaken by the municipality. The communication presents such review process, which involves professionals inside and outside the administration. The themes of participation, of the neighborhood vision, of environmental sustainability and, above all, the intention of avoid the sterile confrontation between extreme conservationism and destructive interventionism led in the name of innovation, are the backbone of a work that wants to achieve a tool for environmental protection and improvement in an urban way that goes beyond the usual list of parts with more or less possibility of hosting manumissions. In this process of approaching the future new Barcelona catalog, interdisciplinary working groups have been set up, which dedicat themselves both to understanding the current international scenario in the field and detecting the current situation of technical and cultural evolution that the local territory has undergone about heritage. The communication explains the criteria behind this process and offers a moment of discussion about a structural issue regarding the urban makeup of our cities.

1. Antecedentes históricos

El actual catálogo de protección del patrimonio arquitectónico de Barcelona corresponde a la evolución legislativa del documento aprobado el 18 de enero de 1979, cuando la ahora desaparecida Corporación Metropolitana de Barcelona incluyó esta herramienta en el conjunto de disposiciones contextuales al PGM, Plan General Metropolitano, de 1976. El catálogo culminaba un proceso de labor patrimonial que puede remontarse a la época de la enseñanza de Elies Rogent en la Escuela Provincial de Arquitectura de Barcelona entre 1871 a 1889. Fue entonces cuando empieza a formarse un pensamiento conservacionista catalán que finalmente llevaría al primer catálogo de patrimonio arquitectónico de toda España, el compilado en 1962 (en cumplimiento de la Ley de Suelo de 1956) bajo la dirección del arquitecto jefe municipal, Adolfo Florensa. Era, el de Florensa, una simple lista de edificios relevantes, cuyos valores arquitectónicos eran interpretados esencialmente en el sentido de su correcta adhesión a unos caracteres tipológicos e históricos determinados. El escaso centenar de construcciones protegidas en aquel documento, respondía a la necesidad de otorgar un reconocimiento de monumentalidad y *pedigree* a aquellos episodios arquitectónicos de la Ciudad Condal que habían sobrevivido a los acontecimientos urbanos que, sobre todo a partir de 1714, habían modificado de forma sustancial (y a menudo traumática) morfología y materialidad de la capital catalana. Acorde al estado del debate de su época, Florensa no incorporaba los entornos urbanos, así como tampoco prestaba mucha atención a las arquitecturas menores, vernáculos o estilísticamente incongruentes o controvertidas. Además, la presencia de un edificio en la lista no garantizaba una protección eficaz y muchos acabaron sucumbiendo a la piqueta, tanto en casos de intervenciones públicas como en casos de operaciones privadas (Alexandre, 2000). En 1979, el nuevo catálogo buscaba ser precisamente una herramienta de protección más extendida y eficaz que rompiera el continuo goteo de piezas, sobre todo modernistas, derribadas desacomplejadamente durante el llamado “desarrollismo” de la posguerra (Ajmt BCN, 1987). Gracias a la labor de Josep Emili Hernández-Cros, la lista de Florensa se extendió hasta incorporar 860 edificios de todas las épocas, incluyendo también episodios de arquitecturas menores, estilísticamente variadas y algunos entornos. A pesar de su potencial operativo, articulado en cuatro grados de protección, el catálogo de 1979 (que, con sus modificaciones y ampliaciones, es el vigente) no salía de una tradición de pensamiento urbano según el cual, en ningún caso el patrimonio tenía que suponer un obstáculo al desarrollo de la ciudad. Por lo tanto, la lista de edificios a proteger servía esencialmente como herramienta para que la actividad constructiva pudiese tomar notas de las piezas que podía ser más prudente (y conveniente) salvar antes que tirar al vertedero. A pesar de ser un instrumento de conocimiento de buen nivel y vertebrado alrededor de una actitud de progreso, el catálogo del patrimonio barcelonés permanecía, así, en una posición de debilidad frente a un planeamiento urbanístico sustancialmente indiferente a los valores de la ciudad sedimentada. No fué hasta que se llevaron a cabo las grandes operaciones de reforma interior en el centro histórico en los 90 del siglo pasado, que se puso una vez más de manifiesto que el patrimonio era la gran asignatura pendiente en el debate arquitectónico de aquella Barcelona que vislumbraba el mundo por sus transformaciones olímpicas hasta llegar, como si de un arquitecto de carne y huesos se tratara, a ser galardonada con una medalla de oro del RIBA en 1999. Contextualmente, la ley autonómica 9/93 del patrimonio cultural catalán, había ratificado que el concepto de catalogación de piezas singulares ya se quedaba corto. En ese momento, la ciudad está frente a la necesidad de salvaguardar los rasgos esenciales de la identidad cultural de un territorio cuya armazón no está hecha solamente por los grandes monumentos romanos o de la Edad Media, sino por todo el conjunto de piezas y entornos que testimonian su evolución histórica y social. En el año 2000 se activa una reforma del catálogo que, aún sin modificar sus aspectos normativos y sus grados de protección, intenta romper el esquema de la lista única y se articula en diez planos especiales de protección (uno por distrito) que asumen una visión de conjunto y que sugieren las correcciones pertinentes a un planeamiento “de raya” que a menudo sentencia todo tipo de vestigio arquitectónico de forma inmisericorde (Busquets, 2003).

2. Un catálogo débil

Dos décadas después de su reforma en 2000, el catálogo sigue siendo una realidad imperfecta en el sistema de administración urbanística barcelonés: se repiten una y otra vez las demoliciones controvertidas; muchísimas piezas de interés son desprotegidas y no tienen ni siquiera un reconocimiento a nivel de estudio; prácticamente dos tercios de los conflictos urbanísticos de la ciudad se vertebran alrededor de la vertiente patrimonial; el casco antiguo todavía no tiene su plan especial. Sin duda, es paradójico que el reciente éxito turístico de Barcelona, que ha pasado en poco más de una década de medio millón a más de diez millones de pernoctaciones anuales (Palou i Rubio, 2012), haya inducido muchos inversores privados a hacer lo que la administración durante décadas no ha sabido ni siquiera imaginar: considerar el patrimonio como un activo en el posicionamiento global de la ciudad, no solamente en lo que a

monumentos-postales se refiere, sino también en el sentido de un sensible aumento de las obras de rehabilitación de todo tipo de inmueble, incluso llegando a patrocinar obras de restauración y reconociendo el atractivo de entornos menores y vernáculos de barrios otrora populares.

Mientras tanto, la reflexión urbanística y cultural ha evolucionado, incorporando elementos hasta hace poco inusuales en este tipo de debate (sobre todo en ámbito barcelonés): atención a la sostenibilidad ambiental; apertura a procesos participativos; reivindicación del derecho a la ciudad también en el sentido de su hábitat físico y de su morfología urbana histórica; apuesta para una urbanismo de proximidad, peatonal y de vecindario (Borja, 2010).

3. Criterios y estrategias para un nuevo catálogo

Es en 2017 que el gobierno municipal de la coalición entre la izquierda progresista de Barcelona en Comú y el Partit dels Socialistes Catalans empieza una labor de revisión de sus políticas patrimoniales con la finalidad de llegar a un nuevo catálogo basado en el mismo marco legislativo del actual (difícil de cambiar, al requerir la aprobación del gobierno regional), pero mucho más ambicioso en términos de herramientas de protección y de visión de ciudad. Sin dejar de cumplir el dictado de la reforma del 2000 (de 2017 es la adopción del plan especial de protección del distrito de Sant Andreu y de 2019 es el plan para el distrito de Gràcia), la administración lanza una serie de medidas con el objetivo de ensanchar la mirada territorial y así incorporar nuevas sensibilidades disciplinarias. En esta dirección va la medida de gobierno *Barcelona arquitectura, ciutat patrimoni* del 14 de diciembre de 2016, que identifica cuatro líneas estratégicas respecto al patrimonio: reforzar el arquitectura y el paisaje urbano como factores de calidad de vida; impulsar la mejora de la calidad arquitectónica y patrimonial de la ciudad; diseñar herramientas para intervenir de forma cualificada en el paisaje urbano; mejorar la coordinación entre las distintas áreas municipales en el ámbito de arquitectura y patrimonio. A pesar de haber sido, en el ámbito normativo, poco más que una carta de intenciones, la medida ha permitido activar una serie de iniciativas caracterizadas por una posición disciplinar mucho más abierta, respeto a la costumbre local, en reconocer valores y potencialidades del territorio sedimentado y en abrir el debate a aportaciones interdisciplinarias sensibles a la realidad existente. Entre las acciones desencadenadas desde entonces, destacan las diez “auscultaciones de paisaje” y la organización de las *taules de patrimoni* (“mesas de patrimonio”, en catalán). Las auscultaciones, conducidas por profesionales internos a los departamentos municipales, abordan el paisaje urbano desde diversos puntos de vista, incluyendo la historia, la biodiversidad y el rastreo de las transformaciones que han dejado huella en la memoria local. La finalidad de estos documentos consiste en elaborar una diagnosis de las dinámicas del paisaje que permita definir los objetivos de la herramienta legal a desarrollar en el futuro, para pasar de una protección de piezas puntuales a una protección de carácter más general.

3.1. Las mesas de discusión como momento de reflexión plural

Las *taules*, en cambio, se configuran como mesas de discusión orientadas a favorecer un intercambio de opiniones que vaya mas allá del concepto de interdisciplinarietà, es decir, involucrando actores de todo tipo, incluso si en flagrante desacuerdo entre ellos como, por ejemplo, representantes de asociaciones vecinales y de los promotores inmobiliarios. Los resultados de las mesas de discusión tendrían que constituir un recopilatorio de posiciones con tres objetivos principales. Antes que todo, nutrir el proyecto de *Taula de Patrimoni Històric Artístic i Arqueològic de la Ciutat*, un órgano municipal transversal entre las áreas de Arquitectura, Patrimonio y Paisaje Urbano. Sucesivamente, impulsar la incorporación de los catálogos distritales en el catálogo municipal de patrimonio territorial. Finalmente, y este es tal vez el objetivo de mayor ambición, detectar posibles caminos para resolver la gran problemática de fondo que siempre ha socavado los pilares de toda catalogación barcelonesa: la contradicción entre techo potencial del suelo y nivel de protección de las construcciones existentes.

Se trata pues, de una táctica bastante inédita de abordaje de la cuestión patrimonial, no solamente para Barcelona sino, más en general, en cuanto al debate internacional sobre el tema.

La comparación con otras realidades europeas muestra que la variedad de aproximaciones al patrimonio comprende cada vez más ejemplos de aportaciones interdisciplinarias (Ámsterdam) y de involucramiento de la población, también gracias a las nuevas tecnologías (Bruselas). En efecto, el ayuntamiento barcelonés ha encargado estudios externos a profesionales que han explorado ejemplos de políticas patrimoniales en otros países y ciudades continentales y los han presentado en detallados cuadros sinópticos. Este tipo de trabajo ha sido esencial para tomar consciencia de un retraso tradicionalmente medido en comparación con los debates en Italia y Francia, países de largo recorrido en materia de cultura y legislación patrimonial, pero ya alcanzados y, a veces superados, por otras realidades europeas. El hecho que ciudades normalmente poco identificadas con un perfil

conservacionista, como Londres o Estocolmo o Múnich o Glasgow, hayan emprendido recientemente una estrategia de protección patrimonial focalizada al mantenimiento y a la mejora de la calidad de vida urbana, constituye una importante contribución a la superación de la idea, algo anquilosada pero muy arraigada en la Ciudad Condal, de que una ciudad que protege su realidad urbana consolidada es una ciudad que rehúye de la posibilidad de crecer y mejorarse. Sin embargo, la comparación con otras realidades europeas también ha puesto de relieve el hecho de que la casi totalidad de municipalidades basa su política patrimonial en una idea inicial originada de un núcleo calificados de expertos y solo en el desarrollo sucesivo se amplía el abanico de sujetos y entidades involucradas. Por lo tanto, la decisión barcelonesa de empezar el proceso de revisión del catálogo de una forma casi colegial, mediante la elaboración de una constelación de documentos previos y preparando ocasiones de encuentro entre diferentes estamentos, representa un factor de novedad. Entrando más en detalle en el programa de las *taules*, cabe señalar que se trata de un programa doble. Un primer ciclo de encuentros ha tenido lugar a puerta cerrada, es decir, con los participantes reunidos en una sala de las dependencias municipales y en presencia de un relator y un moderador externos y de un funcionario supervisor. Este primer ciclo, ya terminado y del cual se ha producido la correspondiente transcripción como documento de trabajo interno, iba a tener una segunda tanda, esta vez abierta al público que no se ha podido celebrar aún por la sobrevenida emergencia sanitaria ligada a la pandemia Covid-19.

Los perfiles de los participantes a las mesas han sido de todo tipo: personas vinculadas a la administración, tanto de forma estructurada como no; representantes del mundo académico y de la cultura; miembros de las entidades vecinales; profesionales y técnicos especializados y no especializados; cargos de entidades privadas. Entre los cargos que han acudido es preciso destacar la directora de la Fundación Mies Van der Rohe, el vicepresidente de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona, el portavoz del colectivo Asamblea de Barrios para un Turismo Sostenible, el director de la agencia Barcelona Regional, el director ejecutivo de la Asociación de Promotores Inmobiliarios de Catalunya, la secretaria del Docomomo Ibérico, el co-director de los premios FAD, representantes del sector turístico, de las entidades de barrio, de la Diputación de Barcelona, además de profesionales y profesores universitarios, por un total de una treintena de participantes.

Para encender el debate se pusieron sobre las mesas dos preguntas:

- ¿Qué representa hoy en día, según sus experiencias y su conocimiento, la protección patrimonial en Barcelona, tanto a nivel de catalogación de la arquitectura como de otras vertientes culturales o urbanas?
- ¿Cómo debería evolucionar la protección patrimonial en la Barcelona que viene, tanto a nivel de herramientas jurídicas como en cuanto a estrategias urbanas?

3.2. Conceptos vertebradores del debate

La riqueza de indicaciones recogidas en las mesas de discusión puede organizarse en cinco líneas de reflexión que fotografían el estado de la cuestión en la Barcelona de este primer tramo de siglo. Se exponen a continuación dichas líneas, teniendo en cuenta que los debates han ido siempre tocando todo tipo de tema y han explorado a fondo cada vertiente argumentativa.

3.2.1. Catálogo y ciudad (la percepción del tema patrimonial en Barcelona, a nivel de cultura de ciudad).

En una primera aproximación, se podría tener la impresión de que la Barcelona actual ha renunciado definitivamente a su dimensión patrimonial, entregándola integralmente al mercado turístico, sobre todo si se hace una comparación con las intensas luchas vecinales de los 70 para evitar el derribo de muchísimas arquitecturas singulares (por ejemplo, los casos de la Casa Golferichs, obra de Joan Rubió i Bellver y de Can Serra, de Puig i Cadafalch) (Cabrera i Massanés, 2007). Sin embargo, el tema patrimonial en los últimos años ha dejado de ser sectorial y sus vertientes de componente fundamental en la construcción de una identidad inclusiva y de recurso propio e inalienable de la ciudad poco a poco van cundiendo en amplios y varios sectores de la ciudadanía. Además, la percepción del tema se ha ido enriqueciendo de aspectos habitualmente no ligados al patrimonio, y que ahora se empiezan a verse interconectados. Es el caso de los nuevos modelos de ciudad, alternativos al tradicional modelo coche-céntrico, y que tienen en el patrimonio un instrumento de desarrollo de gran potencial (Gabancho, 2011). Así como el auge del interés del mercado en tipologías arquitectónicas variadas e inusuales como las casas baratas de las antiguas barriadas obreras. También por parte de la prensa local, la cuestión patrimonial se ha empezado a tratar como una cuestión de hacer ciudad y generar urbanidad. Hay, entonces, un evidente empuje social que busca superar el esquema intelectual de las fichas patrimoniales, que no contextualizan lo suficiente al dirigir la mirada principalmente hacia los edificios singulares y casi

exclusivamente por su aspecto exterior. Y si es cierto que Barcelona no carece de monumentos importantes, aún más cierto es que su verdadera riqueza patrimonial se compone de conjuntos, entendiendo con este término tanto los tejidos urbanos formados por grupos de casas y equipamientos, como el continuum entre la arquitectura del edificio, sea o no monumental, y su interior (detalles constructivos, decoraciones, distribuciones, muebles y testimonios históricos). Esta reflexión conlleva a considerar la dimensión colectiva del patrimonio y bien se podría decir que una gran parte de las controversias urbanísticas barcelonesas alrededor del patrimonio son, en realidad, controversias de paisaje urbano (Ingrosso, 2011). La discusión de las mesas indica que unas herramientas de protección eficaces no deberían considerar el patrimonio como algo sagrado, intocable e inalterable: nadie ignora que el patrimonio se compone de propiedades inmobiliarias, que son riqueza monetizable. Sin embargo, se trata de una riqueza muy frágil y, como hemos visto, con una importante vertiente colectiva que no puede someterse únicamente a las crudas leyes del mercado y que se tendría que defender de las consideraciones económicas más agresivas.

Mientras tanto, iniciativas como el *BCN Open House* (la cita arquitectónica anual barcelonesa en qué se abren las puertas de casas, monumentos y lugares normalmente inaccesibles) demuestran que un amplio público quiere ver patrimonio y la propiedad disfruta enseñándolo. De todos modos, el gran problema es que este renovado interés no llega a generar una normativa eficaz, dado que en esencia en Cataluña, y en toda España, la consideración institucional y administrativa para el patrimonio adolece de una escasa musculatura cultural que se repercute en un cuadro legislativo rígido y débil (Domingo y Cendón, 2012). La Agencia Catalana del Patrimonio es prácticamente irrelevante a nivel de planeamiento, mientras que la primacía del PGM de 1976 sobre la ley catalana de patrimonio cultural es una flagrante contradicción jurídica. Estos aspectos dificultan la construcción del consenso de ciudad necesario sobre los valores que una herramienta de catalogación debería preservar. Pues a menudo, el que se opone a la actual condición de fragilidad patrimonial acaba pareciendo un radical conservacionista. La paradoja es que la sensibilidad ciudadana ha crecido mucho en los últimos años y seguramente a día de hoy sería, por ejemplo, imposible derribar los chiringuitos de la Barceloneta, como se hizo en el ámbito de las transformaciones olímpicas de 1992. Casos recientes como la feroz -y eficaz- oposición a la demolición de las casitas de la calle Encarnación, son una prueba de ello. Esta sensibilidad ciudadana emergente es todavía poco estructurada e incluso acerba en sus manifestaciones de protesta, pero es claramente orientada a considerar que la ciudad del futuro es la que ya tenemos. Y como que la ciudad del futuro ya existe, en el último análisis toda decisión urbana se puede interpretar como decisión patrimonial. Luchar contra la gentrificación se podría hacer desde una vertiente patrimonial, por ejemplo (García-Hernández; de la Calle-Vaquero; Yubero, 2017). Si adoptamos esta óptica, veremos como la gestión del patrimonio arquitectónico y urbano es, en definitiva, una propensión al acuerdo entre impulsos e inercias y, por tanto, un concepto directamente ligado a la idea de negociación.

3.2.2. Catálogo y sociedad (el grado de concienciación técnica y social sobre el patrimonio)

A lo largo de los últimos años el ayuntamiento ha promovido algunos planes especiales de protección de realidades concretas, como en el caso de las tiendas históricas o de los árboles más antiguos. Sin embargo, se trata de medidas sectoriales y débiles en su especialización, a menudo ineficaz a la hora de evitar dinámicas urbanas disruptivas. Por esta razón, la administración quiere que el nuevo catálogo también sea una herramienta de formación para los privados antes de que estos intervengan sobre el existente. Los miles de estudios de reconocimiento e informes de patrimonio componen una vastísima y valiosa información de la que dispone el ayuntamiento y tendría que estar a disposición de la ciudadanía en conjunto, incluyendo los promotores. Trabajando en este sentido, también se generaría un impulso formidable para los municipios del entorno metropolitano, donde la cultura patrimonial todavía es muy inmadura y toda promoción privada es potencialmente nefasta en su vertiente patrimonial.

Mediante el catálogo, por lo tanto, se podría interpretar el patrimonio como factor de difusión, formación e inclusogeneración de cultura arquitectónica, esencial para fomentar cultura urbana. Dentro de este nuevo modelo de catálogo, la memoria colectiva debería tener más peso, así como los ecosistemas urbanos hechos de tejido construido con sus actividades, tal y como se ha hecho con las auscultaciones de paisaje.

En este proceso, unas dificultades pueden surgir por culpa del tópico que identifica el patrimonio con algo 'de ricos', o sea, un lujo que después de todo, sólo beneficia pocos privilegiados. Esta asociación no sólo es equivocada en sentido urbano y de disfrute del patrimonio mismo, sino que es falsa porque, además, es perfectamente posible ligar la protección patrimonial con las políticas habitacionales, recuperando lo edificado antiguo para hacer vivienda de protección oficial.

Es preciso conectar la visión y el conocimiento patrimonial con el proceso de mejora de la ciudad: si los museos son lugares de producción y difusión del conocimiento, entonces ¿porqué no ver todo Barcelona como un museo en sí mismo, el museo de su historia y de la historia de su gente? Es además cada vez más evidente que la ciudadanía reclama menos agresividad urbanística. El catálogo tiene que asumir esta evolución convirtiéndose en una lista de edificios en herramienta de activación y protección de lo existente, pero con instrumentos que eviten otorgar un reconocimiento acrítico al papel del vecindario. El riesgo paradójico, es que se pueda pasar de un catálogo demasiado débil a un catálogo con un talante de conservacionismo radical tóxicamente ligado a un vecindario que, sin una labor de pedagogía previa, difícilmente entendería una operación como la del Matadero en Madrid, por ejemplo. Se trata de una labor pedagógica que la administración puede promover. Una forma sería haciendo accesible el conocimiento contenido en el actual catálogo y curando el pequeño patrimonio urbano, lo que el vecindario tiene más a la mano y puede entender mejor. La pedagogía en torno al patrimonio también tiene que generar una visión ciudadana, para evitar que cada barrio sólo mire al micro-universo de su entorno particular.

En este sentido, el patrimonio puede ser útil para activar la vertiente virtuosa y no masificada del turismo, pues este puede aportar miradas inéditas y otorgar valía cultural y urbana allí donde ningún vecino se lo esperaría. O sea que, si el catálogo tuviera un espíritu dinámico y proactivo, podría ser mucho más que una herramienta de protección o de pedagogía técnico-cultural y podría convertirse en una potente arma de empoderamiento ciudadano y de lucha contra la masificación turística.

3.2.3. *Catálogo y proyecto (las cuestiones estrictamente profesionales, incluyendo las referentes al mercado inmobiliario)*

Un criterio que podría definirse como imperativo por la intensidad con la que es expresado por prácticamente todos los actores consultados, es estudiar unos criterios de protección que vayan en equilibrio con la renovación: de lo contrario el patrimonio siempre será un obstáculo y a los promotores siempre les saldrá más a cuenta pagar una multa por sus destrozos, que no haberse metido en un laberinto de normativas y criterios que hacen inviable el mantenimiento de lo existente.

Por tanto, el catálogo, para ser algo eficaz y dinámico, debería permitir una revisión continua, que permita la incorporación de nuevos criterios, nuevas piezas, nuevas temáticas y nuevos territorios y de corregir errores y omisiones. Una vez más, el reto consiste en transformar la protección patrimonial en un hecho proactivo, consustancial al hacer ciudad, y no un mero factor de resistencia. Opinión compartida entre los participantes a las mesas de discusión es que, a razón de la visión tradicionalmente antagónica entre conservacionismo e intervencionismo, los proyectos no suelen estudiarse con una actitud dialogante con entorno y arquitecturas patrimoniales, sino que ignoran (o incluso agreden) las permanencias.

También se advierte una inercia cultural en muchos arquitectos, que les hace ver el patrimonio como un lastre, más que como una oportunidad, sobre todo en el caso de patrimonio menor, vernáculo o estilísticamente dishomogeneo. Una dificultad añadida se da por el criterio vigente en la escuela de arquitectura, donde casi siempre se trabaja sobre la tabula rasa y es irónico que la ciudadanía esté mucho más abierta a nuevos criterios y nuevas incorporaciones patrimoniales que los arquitectos y técnicos especializados. Los arquitectos deberían superar la tradicional ecuación según la cual el patrimonio implica necesariamente, y sólo, protección y conservación. Esto provoca que mucha gente todavía vea urbanismo y cultura como dos mundos opuestos que, en el mejor de los casos, se ignoran mutuamente.

A su vez, la capacidad proyectual de los arquitectos debería poder beneficiarse de un catálogo que sea algo más potente que una lista de edificios con los correspondientes límites de intervención. Los técnicos podrían adquirir nuevas miradas que les permitan entender todas las potencialidades de los edificios y de los territorios, desarrollar buenas prácticas y repensar (o si procede, abandonar) prácticas cómodas pero dudosas. Es el caso del fachadismo, una tipología de intervención radical originariamente pensada para permitir una mejora profunda en edificios antiguos que tienen más valor como pieza urbana que como sistema arquitectónico en sí y ahora, ya completamente desvirtuada.

3.2.4. *Catálogo y procedimientos (aspectos administrativos, municipales o no)*

Hoy por hoy, probablemente, poner en marcha un programa razonado de desafectaciones del PGM es la urgencia más candente, sobre todo teniendo en cuenta que es demasiado fácil obtener una descatalogación de cualquier edificio, sea cual sea su grado de protección. Pensando en los derechos adquiridos, tal vez se podrían estudiar formas de compensación económica puntuales, aunque indirectas, para los que renunciaran a agotar el aprovechamiento urbanístico al que tienen derecho según el planeamiento.

También, para influir en el crecimiento de un interés crematístico -en sentido virtuoso- en el respeto del patrimonio, tal vez habría que estudiar facilitaciones a nivel de gestión e interlocución con la administración. Probablemente una vía rápida y ágil a la obtención de los permisos podría ser mucho más efectiva de una sencilla rebaja de impuestos a la hora de evitar intervenciones agresivas o caprichosas. Aunque suene un poco paradójico, también se podría prever que determinados grados de protección tengan caducidad, para asegurarse una revisión continua que permita incluir y sacar piezas de manera razonada.

Pasando al aspecto de la relación con otros planeamientos, todavía cuesta apreciar una sincronización entre catálogo, PDU y POUM. Es más: la sincronización también sería necesaria entre las diferentes entidades involucradas en tema patrimoniales, como está haciendo el Docomomo Ibérico en su colaboración con el Ministerio de Fomento. Los procedimientos también deberían repensarse considerando que, muchas veces, las controversias en torno al patrimonio no se refieren a cuestiones de arquitectura, sino de encargo profesional, que se ve demasiado afectado por una posible protección.

En Barcelona, el conjunto de edificios protegidos de la ciudad representa un porcentaje que no toca ni el 4% del construido (datos del área de Urbanismo) y el hecho que la reforma del catálogo del año 2000 abriera paso a planes de protección por distrito, ha desplegado una gran desigualdad no sólo en términos de política patrimonial, sino también en cuanto a impacto del urbanismo, dependiendo de cada barrio.

Otro aspecto controvertido es que las fichas del actual catálogo dejan demasiado espacio para la interpretación. Si una subjetividad bien ponderada es un elemento esencial de toda negociación para resolver un conflicto, también es necesario evitar la arbitrariedad (a menudo generadora de fricciones) para favorecer la discrecionalidad (que implica confianza entre los actores). La poca concreción de muchas fichas, que en algunos casos roza la ambigüedad, no identifica de forma unívoca los términos de actuación, favoreciendo situaciones de difícil manejo y que, además, son enturbiadas por el hecho de que la catalogación es municipal y la legislación es autonómica o estatal.

Unos cuantos participantes en las mesas de discusión han puesto en relieve la cuestión de una revisión de la normativa técnica de la edificación específica para bienes catalogados, respeto a los draconianos dictámenes del CTE. Dicha adaptación del código técnico a las intervenciones patrimoniales (y, más en general, a las rehabilitaciones) es algo que ya se hace en muchos países europeos. Una normativa técnica adaptable de forma fluida al patrimonio sería bienvenida también por el sector privado, porque garantizaría seguridad jurídica: si un edificio tiene una definición patrimonial clara, según esquemas comprensibles y consensuados, todo el mundo se adapta y modula el negocio en consecuencia.

Finalmente es preciso señalar que muchas de las actuales fichas son insuficientes para tener un conocimiento y una comprensión adecuada del edificio: no incluyen los interiores, no involucran el entorno y, lo que probablemente es el aspecto peor, dibujan un cuadro absolutamente rígido de la protección y encorsetan cualquier posibilidad de continuar a mantener en uso del inmueble. Se explica así la infinita casuística de protecciones y salvamento hechas en *extremis*, a veces con un derribo ya iniciado y todo, como ocurre con muchas piezas del siglo XX. Aparte de esto, se da la cuestión de la intrincada vinculación con el tema arqueológico y la Carta Arqueológica, que aún no termina de configurarse como una sinergia virtuosa entre sistemas de protección y conocimiento de la ciudad.

3.2.5. *Catálogo y futuro (ideas, estímulos e indicaciones para posibles caminos a emprender tanto de cara al futuro catálogo como, más en general, a la dimensión patrimonial dentro del gobierno de la ciudad)*

A lo largo de todas las acciones emprendidas por el ayuntamiento de la Ciudad Condal, y específicamente en las mesas de discusión, emerge claramente el gran reto de ciudad. Éste consiste en lograr un cambio de mentalidad en cuanto la evolución urbana: pasar de una visión de crecimiento a una visión de mejora y poder garantizar la transformación futura bajo herramientas de control conservativas, pero sin bloquear las perspectivas de futuro. Semejante reto puede implicar la valentía de poner a cero las actuales edificabilidades que, no olvidemos, vienen ratificadas de un planeamiento que tiene cuarenta años y que, a su vez, arrastra una impostación urbanística de las décadas anteriores y basada en la máxima explotación de los terrenos.

De hecho, el planeamiento actual presenta unas incongruencias notables entre una visión de ciudad sostenible y unas normas de lo más rígido y alejado de la realidad territorial. Entre estas incongruencias, una de las más urgentes en revisar es el ya mencionado criterio de las alineaciones de vial ('urbanismo de raja'), responsable de verdaderos 'patrimonicios' y al origen de múltiples controversias vecinales. Urgencia que se hace aún más patente si tenemos en cuenta que el reaprovechamiento de lo edificado existente es la principal estrategia para alcanzar los objetivos

indicados la directiva europea EPBD (*Energy Performace of Building Directive*) que prescribe que todos los edificios nuevos y de rehabilitación integral sean a emisión casi cero, NZEB, antes de 2021. Un urbanismo hecho a golpes de escombros motivados exclusivamente por una exigencia apriorística de alineación parcelaria, incluso dentro de tejidos sedimentados, comulga poco con este objetivo.

Entre los retos de futuro, también emerge la necesidad de afinar estrategias de intervención pública sin que ésta tenga efectos colaterales de carácter especulativo o gentrificador. Hace treinta años, por ejemplo, se salvó la Rambla gracias a una estrategia, a la vez cuidadosa y valiente, de adquisición pública de fondo comerciales. Pero, si la intervención pública provoca un aumento descontrolado de las plusvalías privadas, se genera desconfianza ciudadana: ¿para qué mejorar un entorno, si los que se van a beneficiar de la operación serán sólo unos señores concretos? En el caso de bienes patrimoniales, el concepto de disfrute público y el de consolidación de la identidad urbana pueden indicar soluciones.

Si Barcelona no quiere acabar totalmente fagocitada por la figura de Gaudí, tendrá que trabajar en el conjunto de su patrimonio, incluso atreviéndose con temas inesperados como el alumbrado histórico o el antiguo mobiliario urbano.

4 Conclusiones

La percepción de la importancia del patrimonio está creciendo mucho en Barcelona y ya no podemos hablar de un interés sectorial o conservacionista. En muchos ámbitos sociales se reconoce, aunque con diferentes matices, que las preexistencias arquitectónicas y sus tejidos urbanos vertebran identidad y vida de la ciudad, algo impensable hasta hace pocos años, cuando el irónico apodo de *pedraferits* (enfermizos por las piedras, en catalán) era dirigido a los defensores del patrimonio. Las posiciones institucionales y los debates culturales barceloneses ofrecen, a lo largo de la etapa democrática, verdaderas perlas de menosprecio hacia este tema. Al punto que todo un protagonista de la Barcelona de finales del signo XX, Oriol Bohigas, en más de una ocasión llegó a defender la práctica del derribo recurriendo a tonos arrogantes tanto en sus escritos como en sus entrevistas (Bohigas, 1985, 2000, 2003; Acta, 1997). La sorprendente superficialidad con la que, hasta hace poco, el tema patrimonial ha sido abordado por los círculos disciplinares, incluso en las locales escuelas de arquitectura, se ha repercutido en actitudes, estructuras y praxis de las administraciones, empezando por el ayuntamiento.

Se aprecia, pues, aún más la doble histórica novedad de un proceso municipal de revisión del catálogo que busca llegar a un resultado más orgánico y operativo de la tradicional lista de piezas. Para lograr eso, se abre en un abanico de iniciativas que pretenden confluir en una herramienta de mejora urbana en el marco de la sostenibilidad ambiental, cultural, social y económica. Podría decirse que la administración barcelonesa está, de alguna forma, intentando superar su crónico retraso en el tema patrimonial, aplicando e inclusive implementando, ideas en que el debate internacional van fraguando desde hace casi dos décadas (Carta, 1999). Aún sin alcanzar el estatus de posición institucional oficial, dentro de los distintos grupos políticos del consistorio y, un poco más tímidamente, también dentro del cuerpo de funcionarios, va abriéndose paso la idea de que el patrimonio fomenta arraigo, genera cultura urbana, mejora la preparación de los privados, aglutina intereses y puede ser una potente herramienta de influencia en dinámicas disruptivas como el turismo. Larga sería la lista de declaraciones al respeto, regularmente registradas por los medios locales, en televisión, radio y prensa tanto en papel como en la red.

También la reciente crisis sanitaria internacional provocada por la pandemia de Covid-19 conlleva una reflexión inspirada en las diferentes respuestas que tejidos urbanos de distintas épocas han ofrecido a una ciudadanía confinada durante más de dos meses. Y no solamente eso, sino que la forzosa renuncia al viaje-por-viajar (práctica tan habitual a partir de la entrada en el mercado de las compañías aéreas *low cost*) ha obligado a reconsiderar el descubrimiento del propio territorio (manzana, barrio, distrito) y de los colindantes, como nuevos horizontes de un turismo de proximidad. En este contexto, la visión de una política patrimonial protectora más que acriticamente conservacionista, y que reconozca su valor a la casita autoconstruida en los 60, como al entorno del monumento entrado en la lista de la UNESCO, ayuda a promover una cultura de respeto y reciclaje de la ciudad que, a día de hoy, la disciplina aún no tiene plenamente asumida, como demuestra la demasiado común práctica del fachadismo. Parece, en síntesis, que el gobierno municipal aposta para un cambio radical de mentalidad profesional: pasar de pensar “lo derribamos todo, menos lo que no nos dejan”, a pensar “lo reaprovechamos todo, excepto lo que de verdad no vale la pena”.

Una actitud que, a bien ver, no es nada más que la aplicación en ámbito patrimonial de una impostación ideológica bien conocida del partido de la alcaldesa Ada Colau, aquella Barcelona en Comú que mantiene al centro de su acción política la defensa de la justicia social, del derecho a la vivienda, del vecindario y de la cultura popular. No extrañan, pues, las iniciativas participativas comenzadas en los últimos años para desarrollar los planes especiales de patrimonio de algunos distritos, así como es perfectamente coherente que el concurso internacional para la remodelación

de la Rambla haya sido adjudicado a la antigua regidora del distrito de la ciudad vieja, Itziar González, con un proyecto más estratégico que morfológico y basado en un nutrido equipo multidisciplinar especializado en procesos participativos.

El conjunto de acciones emprendidas por la administración se compone, en síntesis, de actos formales (medidas de gobierno, planes especiales), de dinámicas de soporte (estudio comparativo europeo, mesas de discusión) y de momentos decisionales de gran visibilidad (concurso para la Rambla, nuevo plan director de recuperación para la antigua prisión Modelo). En el terreno común tenemos la combinación de tres conceptos básicos: auscultación e involucramiento de la ciudadanía; voluntad de reorientar el sector de la construcción hacia la rehabilitación; reconocimiento de la complejidad técnica y cultural del hecho patrimonial. Se entiende, pues, que el desenlace de un proceso tan articulado y ponderado no quiere y no puede reducirse a una simple nueva edición de la lista de siempre, con las indicaciones de qué y cómo se puede modificar o destrozar. Queda claro que, en las intenciones municipales, las fichas patrimoniales que resultarán no podrán representar sólo erudición. Más bien, deberán ser las semillas de un conocimiento de la ciudad material esencial para entender la sociedad que ha vivido, que vive y que vivirá la ciudad.

Sin embargo, no se trata solo de una ocurrencia barcelonesa: recientemente, los ministros europeos de cultura han firmado la "Declaración de Davos", un manifiesto de 2018 que promueve la cultura de la construcción, *Baukultur*, entendida como respeto para el ambiente construido en todas sus vertientes sociales, económicas y culturales. Según esta interpretación, el patrimonio es base material de una memoria que da significado a la ciudad que tenemos, que mantenemos y que debemos continuar a transformar con respeto y cuidado. Tampoco faltan concretos ejemplos militantes en este sentido, como la empresa belga "Rotor", que recicla y vuelve a poner en el circuito de la construcción todo tipo de elemento desmantelado, provenientes de escombros y reformas. Experiencias de este tipo, una pujante realidad a nivel continental, sugieren otra vertiente algo inédita en el debate patrimonial tradicional, una vertiente bien presente en el proceso barcelonés, es decir: la posibilidad que la protección pudiera superar el culto a la autenticidad de la pieza específica e ir hacia una conservación del material, de la valía constructiva, del efecto espacial y arquitectónico. Conservar la transparencia, en lugar de conservar la simple pieza de vidrio. Es más: es una actitud que no implica la perpetuación del antagonismo entre el interés público (la protección) y el interés privado (la actuación). En última instancia, podríamos decir que también estamos delante a una manera sutil de renovar el posicionamiento global de la ciudad sin adherir al credo de los grandes eventos y de los vislumbrantes landmark arquitectónicos más o menos infraestructurales. En un mundo que, a pesar de la reciente pandemia, se demuestra cada día más interconectado, insistir en este camino solo llevaría a una banalización urbana de resultados opuestos a lo esperado (Muñoz, 2008).

La administración de la Ciudad Condal confía, por lo tanto, en qué el suyo es un camino refrendado por una reflexión internacional y de recorrido prometedor. Queda por ver si la incierta coyuntura internacional desatada por la crisis sanitaria de la Covid-19 permitirá llevar a cabo la reforma del catálogo dentro de la legislatura, o sea antes de 2023, para después pasar al segundo paso (la constitución de una agencia de patrimonio municipal que pueda ágil y fiablemente interactuar con los gobiernos regional y central) o si, en el actual contexto, volverán a aflorar las viciosas inercias intelectuales barceloneses, bien dispuestas a conformarse con una lista más.

5 Bibliografía

- Alexandre, O. 2000. *Catàleg de la destrucció del patrimoni arquitectònic del centre històric de Barcelona*. Barcelona: Veïns en Defensa de la Barcelona Vella.
- Acta, 1997. *La ciutat històrica dins la ciutat, Mètodes i experiències d'intervenció, Centre Cultural La Mercè, Girona, 28 i 29 novembre 1996*. Girona: Servei de Publicacions de la Universitat de Girona
- 1998. *Centros históricos y conservación del patrimonio*. Madrid: s.n.
 - 2000. *Culture Counts, Financing, Resources, and the Economics of Culture in Sustainable Development*. Washington: s.n.
- Ajmt BCN (Ajuntament de Barcelona), 1983. *Plans i projectes per a Barcelona 1981-1982*. Barcelona: Ajmt BCN.
- 1987. *Catàleg del Patrimoni Arquitectònic i Històric-Artístic de la Ciutat de Barcelona*. Barcelona: Ajmt BCN
 - 2009. *Projecte d'intervenció integral dels barris, Santa Caterina i Sant Pere 2004-2009*. Barcelona: Ajmt BCN / Generalitat de Catalunya / Foment de Ciutat Vella S.A.
- Bohigas, O. 1985. *Reconstrucció de Barcelona*. Barcelona: Edicions 62.

- 2000. La Via Laietana: derribar es saludable. El País Catalunya (2000-05-10)
 - 2003. A Joan Busquets: l'enderroc com a testimoni històric. Avui (2003-03-09)
- Borja, J. 2010. *Llums i ombres de l'urbanisme de Barcelona*. Barcelona: Empuries.
- Busquets, J. et al. 2003. *La ciutat vella de Barcelona, Un passat amb futur*. Barcelona: Ajmt BCN / Foment de Ciutat Vella S.A. / Edicions UPC
- Cabrera i Massanés, P. 2007. *Ciutat Vella de Barcelona. Memòria d'un procés urbà*. Badalona: Ara Llibres.
- Carta, M. 1999. *L'armatura culturale del territorio*. Milano: Franco Angeli.
- Domingo, M.; Cendón, Ó. (Eds) 2012. *El Catálogo Monumental de España (1900-1961)*. Madrid: Secretaría General Técnica del Ministerio de Cultura.
- Gabancho, P. 2011. Modelo caducado. El País Catalunya (2011-07-04)
- García-Hernández, M.; de la Calle-Vaquero, M.; Yubero, C. 2017. Cultural Heritage and Urban Tourism: Historic City Centres under Pressure. *Sustainability*, 2017, 9, 1346, p.2-19.
- Ingrosso, C. 2011. *Barcellona, Architettura, città e società, 1975-2015*. Milano: Skira.
- Muñoz, F. 2008. *UrBanalización. Paisajes comunes, lugares globales*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Palou i Rubio, S. 2012. *Barcelona, destinació turística, Un segle d'imatges i promoció pública*. Bellcaire d'Empordà: Edicions Vitel·la.
- Pizza, A. 1996. Trasformazioni urbane: Interventi sul centro a Barcellona. *Area* (n.28)
- 2007. Barcellona 'critica'. Gli scenari dell'attualità. *Area* (n.90, feb.2007:4-13)
- LLei 9/1993, de 30 de setembre, del Patrimoni Cultural Català. Generalitat de Catalunya, portaljuridic.gencat.cat
- Mesura de govern d'impuls a la gestió del patrimoni cultural de la ciutat, 17-01-2012. Ajmt BCN, Gasetta Municipal núm. 7 (29-02-2012).
- Mesura de govern Barcelona Arquitectura, Ciutat Patrimoni, 14-12-2016. Ajmt BCN, bcn.cat
- <https://davosdeclaration2018.ch> (Declaración de Davos)